

Insomnio

Guillermo Vega Zaragoza

TRANCE POETALCOHÓLICO Y DESCOYUNTADO
DESPUÉS DE LEER A EFRAÍN HUERTA

Ahora comprendo
por qué pluralizabas a las flores,
cocodrilo:
eras hijo de la ciudad del alba.
Nunca viste las acacias
pero pisaste San Juan de Letrán.
No conocías los alcatraces
pero hiciste letreros de asfáltica ironía.
No supiste distinguir a la azucena,
pero intuías que fuera del Metro
otra era la vida.

¿De qué más podías hablarnos
si te la pasabas construyendo barcos
en las playas del Acueducto,
sentado bajo la enramada de un poste,
mirando el vuelo de pájaros metálicos?

Nadie puede reprocharte tu ignorancia,
 porque la poesía también está aquí,
 en los alegres malabares infantiles,
 en los monstruos que se arrastran,
 en el vaivén de muchos senos,
 en la presión lasciva de muchos miembros,
 en cada ladrón de amaneceres,
 en cada poeta pordiosero.

TE HABLO DEL POETA

*Escribir es alegre.
 Uno puede escribir
 alegremente que se va a suicidar.*

Georges Perros

Voy a hablarte de un hombre
 pero no de ése que escribe
 con caligrafía palmer
 y sueña a ser montaña
 para tratar de conquistarte.
 Te hablo de alguien
 al que no le basta soñar
 con ser montaña.
 Él es la montaña.

Te hablo del poeta,
 un ladrón, un forajido,

que sin vergüenza hurga en tus secretos.
Te hablo del poeta
que no renuncia a tu cuerpo,
al que le tiemblan las manos
cuando traza la agonía de tu perfil,
que muerde y ya no suelta
cuando lo tientas,
que se arrastra para lanzarse
desde el precipicio de tus senos,
el que más que tu esencia
desea la fragancia de tu centro,
que te sostiene la mirada
y puede morir bajo el peso de tus párpados,
el que blasfema y maldice
y al final se quedará siempre solo,
el que traicionaría a Dios
para descifrar el misterio rosado
al final de tu espalda.

El que recuerda todo
porque lo sabe todo.
El que no dibuja con luz
pues él es la luz.
El que no cree en señales
ni cambia tu nombre en la primera cita,
el que te conoce desde el principio
porque él ya era antes de ti.
El que hurta

y arranca vidas sin remordimientos,
el que habita en la soledad de tu cuaderno.

Te hablo del poeta,
el hombre con hambre de nombre,
el ser más desgraciado,
que medra, se arrastra,
traiciona y se agazapa.
El que no tiene amigos
ni te tiene a ti.
El que sólo tiene palabras
para sobrevivir,
aunque las palabras no sirvan de nada.

DESDE LA BAHÍA DE LA MUERTE

Un sombrero verde flota
sobre la bahía de la muerte.
Una mujer madura se levanta la falda
y desaparece en las fauces del agua.
A nadie le importa.
Nadie trata de salvarla.
Rostros fantasmas
se enjuagan el sudor de las olas.
En esta bahía
forjada por infinitas glaciaciones
los marineros no saben nadar.

El sombrero verde sigue flotando.
El sol de la tarde escudriña el mar
y yo pienso en los amigos
que dejé al otro lado del Atlántico.
Pienso en mi país
donde los monjes adoran sus jardines y
las cabras se comen los claveles rojos,
donde las niñas de cabellos largos,
libres y al viento,
arrancan al aire soledades nuevas.
Pienso en la nueva esposa que voy a tener y
en las esposas que pude haber tenido.
A todas se las tragarón las fauces del agua.
Es mi cuerpo el que flota
bajo el enmohecido sombrero verde.